

Consistencia o incompatibilidad: Las substancias eternas inmóviles de *Metafísica Lambda*

Oscar Velásquez
Universidad de Chile

Como es sabido, el Libro *Lambda* de la *Metafísica* afirma que hay tres tipos de substancia (οὐσία), a saber, una sensible, que se divide en substancia (1) eterna, y (2) corruptible; y un tercer tipo, que corresponde a la substancia inmóvil. Las dos primeras clases de substancias, por estar acompañadas de movimiento, incluida la substancia eterna sensible (i.e., los astros), son estudiadas básicamente por la física, mientras que la clase de substancia inmóvil, lo es por otra ciencia, que podemos llamar metafísica, pero que en palabras del mismo Aristóteles se la denomina “teológica” (θεολογική, E 1, 1026^a 19). Es también sabido que, según Aristóteles, hay un primer motor inmóvil, que corresponde a este último tipo de substancia, que existe por necesidad, no sujeto a ninguna contingencia, sola actualidad, cuyo pensamiento es pensamiento de pensamiento, causa final en cuanto que es ella misma el bien deseado; principio, en fin, inteligente del que pende la estructura toda del universo físico. Se establece, además, su condición de realidad separada —sea el que fuere su significado— de las cosas sensibles.

Siendo así las cosas, es conocido además que es objeto de controversia la irrupción, al parecer inopinada, en el capítulo octavo del mismo libro de la *Metafísica* de 55 esferas celestes, las que a su vez son movidas por otras tantas substancias eternas inmóviles. Los capítulos sexto y séptimo de *Lambda* acreditan más allá de toda duda la doctrina de un primer motor inmóvil en el sistema aristotélico, de modo que, si el capítulo VIII consagra la presencia de otros motores inmóviles —que ostentan también la categoría de substancias eternas—, nos hallamos aparentemente ante una dificultad no fácil de explicar. Sin entrar a discutir la verosimilitud intrínseca de estas argumentaciones, si Aristóteles sostiene que hay otros varios motores inmóviles aparte del primero, son muchos los estudiosos que no vacilan en afirmar que se contradice, por ser incompatible con sus asertos de los capítulos justamente anteriores, que hablan al parecer de un solo

motor de ese tipo.¹ La siguiente afirmación de Felix Grayeff puede servir de ejemplo representativo para describir este modo de ver la situación:

‘Después que la teoría de un motor inmóvil, Dios, ha sido planteada convincentemente en Lambda VII, la cuestión es presentada inesperadamente en LambdaVIII de si hay solo un motor original o varios. La respuesta es firmemente en favor de la existencia de varios motores y, en la sección principal de Lambda VIII, se bosquejan tres teorías acerca del número exacto de los motores. Así que Lambda VII y VIII se contradicen el uno al otro tanto en la letra como en el espíritu de su enseñanza’.²

De más está decir que las posiciones frente a este asunto adquieren diversidad de matices.³ No se debe olvidar que muchos acuden al expediente de considerar que *Lambda VIII* no forma parte orgánica del libro,⁴ y lo consideran insertado posteriormente ya sea por el mismo Aristóteles o un nuevo estudioso del Peripato. Yo, por mi parte, deseo establecer con la mayor claridad posible cuáles son los objetivos de esta presentación. Deseo, en primer lugar, dar razones que favorezcan la consistencia, es decir,

¹ Cf. L. Elders, *Aristotle's Theology, A Commentary on Book L of the Metaphysics*, Assen 1972, p. 62: ‘After having discussed the existence and nature in general of the Unmoved Mover one may ask the question of its uniqueness or plurality. The metaphysics of L 7 however appear to exclude such a plurality’.

² F. Grayeff, *Aristotle and his School*, London 1974, pp. 166-67.

³ Como es el caso de J. Tricot (*Aristote, La Métaphysique II*, Paris 1986 —nouvelle édition entièrement refondue, avec commentaire, p. 686, n. 2) por ejemplo, en que, a pesar de confirmar su autenticidad, reconoce que esta posición de Aristóteles ‘s'accorde assez mal avec ses précédentes conclusions et soulève beaucoup de difficultés’. Otros, como Bonitz, en su Comentario, no aluden a contradicciones; o como Ross, con una discusión muy ecuaníme del asunto (W.D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, vol I, London 1970 —ed. corregida 1953— pp. CXXXV-CXLI).

Son de positivo interés y complementarios para este trabajo los estudios de Philip Merlan, quien concluye que Aristóteles enseña, para el caso que aquí se discute, una doctrina coherente. Hay una descripción excelente, concisa, y simpática de sus opiniones en W. K. C. Guthrie, *Historia de la Filosofía Griega*, vol. VI, trad. castellana, Madrid 1993 (1981) pp. 283-88. G. Reale en la introducción y notas de su traducción comentada del libro XII de la *Metafísica* (*Aristotele Il Motore immobile*, Brescia 1978 -1963-) presenta en forma precisa y clara su opinión favorable a la consistencia del discurso aristotélico.

⁴ ‘Mientras que la doctrina del libro L pertenece, sin controversia posible, (decía W. Jaeger, *Aristóteles*, trad. castellana, J. Gaos, México 1992 -1946- p. 394), a la concepción más antigua de la metafísica, ojos penetrantes se habían cerciorado igualmente, ya desde los días de la antigüedad, de que el capítulo 8 no es un miembro orgánico de lo que le rodea, sino un cuerpo extraño’. Una presentación amplia de diversas posiciones aparece en L. Elders, *Aristotle's Theology*, Assen 1972, pp. 57-68.

la coherencia entre ambas doctrinas al interior de los postulados propuestos por el mismo Aristóteles. Es decir, varios motores inmóviles, que mueven a los planetas, pueden coexistir con el único, que al mover el primer cielo mueve mediatamente a los restantes. Ahora bien, no intento apoyar el caso argumentando acerca de la trabazón lógica interna que pudiera haber entre una substancia inmóvil y varias;⁵ mi objetivo está más bien en proporcionar indicios y testimonios de que en los capítulos VI y VII (y podemos añadir el IX) de *Lambda* —en que, como sabemos, Aristóteles arguye con tanta fuerza en favor del motor único inmóvil, Dios— podemos también hallar indicaciones adicionales acerca de los otros motores, substancias eternas inmóviles. Son indicaciones que aparecen estratégicamente puestas en los capítulos aludidos. Estas referencias, deseo señalar, forman parte de la explicación misma del discurso acerca del motor inmóvil, Dios, y se entrelazan de tal manera entre sí, que la propuesta de *Lambda* VIII acerca de los motores inmóviles múltiples no debería aparecer como una sorpresa, sino como un desarrollo razonable y aceptablemente predecible de los anteriores capítulos. Es natural, entonces, que me ocupe primero en mostrar y analizar cuáles son esas menciones, o al menos alusiones a las substancias inmóviles, en los capítulos VI y VII del libro *Lambda*.

En los inicios de *Lambda* VI, se establece con claridad los objetivos del capítulo: de que es forzoso que exista, además de los dos tipos de substancias “naturales”, una clase de substancia “eterna inmóvil”. Así como hay “dos” (δύο) de las primeras, hay “una” (μία) de la segunda. Aunque digamos que hay “una sola” (que es el sentido más propio de *mía*) es evidente que se le está comparando con “dos”. Se trata, entonces, de un uso colectivo de *ousía*. Este planteamiento básico lo resume en términos precisos Guthrie al comentar a Merlan:⁶ ‘Aristóteles, dice, había logrado el propósito fundamental, sostener la existencia del tercero y más elevado tipo de *ousía*, la inmóvil y divina: el movimiento eterno exige un motor eterno e inmutable; hay un movimiento eterno; luego existe una clase “motor inmóvil”. Del mismo modo que las otras dos <*ousías*>’. Ahora bien, una

⁵ Un esfuerzo que juzgo valioso y atractivo en favor de la consistencia aristotélica en esta campo —junto a los aspectos sin resolver acerca del asunto— en G. Reale, *Il Motore immobile*, Brescia 1978 (1963); y, *Il Concetto di filosofia prima e l'unità della metafisica di Aristotele*, Milano (1984).

⁶ W. K. C. Guthrie, *Historia de la Filosofía Griega*, vol VI, trad. castellana, p. 264. Las referencias a los textos de Philip Merlan en relación con este tema se pueden encontrar asimismo en Guthrie, *op. cit.*, especialmente pp. 283-84; 428.

vez establecida la existencia de este tercer tipo de substancia, cabe perfectamente la posibilidad de que sean varias las substancias que se incluyen en esta clase.⁷

Así entonces, parece evidente que a continuación (1071^b 19 ss.) Aristóteles quiere hacer presente en primer lugar la existencia de una sola entidad, en cuanto que juzga necesario para la permanencia de un movimiento cósmico unitario —que él considera eterno— la existencia de un solo principio de tal calidad que, ‘su substancia sea actualidad’ (ἐνέργεια).⁸ Al referirse a esta substancia acto, Aristóteles ha añadido el sugestivo calificativo de “principio” (ἀρχή).⁹ En la línea siguiente de este capítulo sexto (1071^b 20), se introduce una afirmación que deja de manifiesto que Aristóteles no ha olvidado completamente que también cabe referirse, de algún modo, a otras substancias inmóviles. Dice: ‘una consecuencia adicional (ἔτι τοίνυν): es preciso que estas substancias sean sin materia; pues es preciso que ellas sean eternas, si es que ha de haber también alguna otra cosa eterna’. Si no aceptamos la interpretación anterior respecto de la existencia de una *clase* de substancia inmóvil, la aparición de una frase como esta resulta casi incomprensible; y nos podemos en ese caso unir a la sorpresa de Elders: ‘These two lines which interrupt the argument, state that because these beings are eternal, they are without matter’; y luego añade: ‘the plural τὰς οὐσίας in this context, where there has been no question of a plurality of movers and nothing in the argument makes us expect that there are several, is strange’.¹⁰ No es poca cosa decir que este giro del Estagirita es *strange*. Por otra parte, esta frase (que no debería, como suele suceder, ir aparte de la anterior), es introducida por un ἔτι τοίνυν, que he interpretado como: “una consecuencia adicional”.¹¹ El término τοίνυν introduce una consecuencia que puede traducirse como “por consiguiente”, y que, como en este caso, señala un “además” En cuanto a ἔτι, aquí precisamente refuerza este último sentido. De este modo, la frase penetra en el contexto con la idea de hacer más explícito un asunto —el de las “otras substancias”— que es concomitante con el tema central del capítulo, acerca del “principio” inmóvil.

⁷ En cuando al conjunto de este capítulo 8, J. Tricot declara que: ‘L’authenticité de ce chapitre n’est cependant douteuse. Mais il faut reconnaître que l’incursion d’Aristote dans la domaine cosmologique s’accorde assez mal avec ses précédents conclusions et soulève beaucoup des difficultés’, *Aristote La Métaphysique*, vol. II p. 686, n. 2.

⁸ *Metaphys.* 1071^b 19-20.

⁹ *Metaphys.* 1071^b 20.

¹⁰ L. Elders, *Aristotle's Theology*, p. 145.

¹¹ Cf. J. Tricot, *La Métaphysique* II, p. 667: ‘Autre conséquence: ...’.

Pero el capítulo VI nos da otra señal adicional. Luego de argumentar en favor de la primacía del acto, y de desechar finalmente como principio de las mociones cósmicas al Alma del Mundo de Platón, por ser esta posterior al movimiento y contemporánea con el cielo, concluye que, si el cambio se realiza en la forma de un ciclo constante, ‘debe persistir siempre algo actuando de la misma manera’ (1072^a 9-10). Ese “algo” (τι) por supuesto que no se dice de la substancia inmóvil única, sino del primer cielo.¹² La transición hacia el tema actual se realiza precisamente a la altura de la oración que se refiere a las substancias inmóviles (1071^b 20 ss.), y que ha concluido con la elocuente afirmación: ἐνέργεια ἄρα: ‘Son efectivamente acto’. Luego, plantea de inmediato una dificultad (καίτοι ἀπορία, cuya solución está ahora precisamente proponiendo. Esta oración está respondiendo justamente a esa frase “extraña”.

Mas la oración continúa, y esta vez señalando a la generación y la corrupción. Debe a su vez haber algo “otro” (ἄλλο) ‘actuando siempre una vez en un sentido, y otras veces en otro’. Actúa, por una parte, *per se*, y por otra, en virtud de algo distinto, es decir, del primer cielo, que aquí se le llama τὸ πρῶτον. Es conveniente recordar que el Alma del Mundo platónica había sido rechazada precisamente por la inhabilidad que muestra, según Aristóteles, para ser causa de un movimiento eterno; y en vez de ello, si todo se mueve siempre cíclicamente, la razón de la permanencia (ἀεὶ μένειν), y la causa (αἴτιον) de la uniformidad constante del universo está en los cielos, es decir, en el movimiento permanente de la órbita celeste; la razón de su variación está en los circuitos planetarios, que incluyen el recorrido del Sol y de la Luna; y ambos géneros de movimiento en su conjunto son causa de la diversidad eterna del universo y su eterna permanencia.

Siguiendo la secuencia de su pensamiento, Aristóteles inicia su capítulo VII haciendo referencia a las posiciones adoptadas en el capítulo anterior. El acto es anterior a la potencia; y existe algo que se mueve siempre con movimiento incesante y circular: ‘de modo que el primer cielo debería ser eterno’ (Λ 7, 1072^a 23). Hemos arribado aquí justamente al vértice de encuentro con el motor inmóvil de la esfera celeste, Dios. Para hablar de Dios en Aristóteles, es indispensable tener en constante perspectiva el primer cielo y su actividad incesante. El motor inmóvil —esencia eterna— del cielo, es Dios. Los motores inmóviles de los planetas, se verá pronto en el capítulo VIII, son las

¹² Se plantea esta misma posición en Tricot (II, 660 n. 4), Bonitz (493), Ross (II 371). Elders, en cambio, piensa que parece señalar al primer motor (156-57). Como primera objeción, plantea que ‘the verb μένειν ὡσαύτως is not well-chosen to signify the ever revolving sphere of the stars’ (ibid.). Se podría responder a ello que la expresión μένειν ὡσαύτως (“persiste, permanece <actuando> del mismo modo”) apunta a περιόδῳ (1072^a 8 y 10), es decir, a la permanencia del movimiento cíclico.

cincuenta y cinco substancias en acto, que sin moverse, mueven a su vez las diferentes esferas celestes en sus complicados giros planetarios. Son muchas más que los planetas, porque ellas hacen posibles (y explican) los complicados circuitos que recorren los planetas según los vemos desde la Tierra. Se intenta “salvar” esos fenómenos de acuerdo con nuestra experiencia sensible desde la Tierra.

Pero antes de analizar a los planetas, permanezcamos un poco más cerca del cielo y su motor inmóvil. El cielo es, según parece (puesto que el texto está corrupto), un medio, ya que es movido y mueve a su vez; y hay “algo” (τι) que mueve al cielo, y eso es ese “algo” ‘eterno, que es tanto substancia como actualidad’ (1072^a 25-26). Solo el *protos ouranós*, según parece, es directamente movido por esta *ousía* eterna. En un contexto semejante, parece razonable que Aristóteles introduzca en su discurso una mención a la causa final (τὸ οὐ ἔνεκα 1072^b 1), porque el movimiento del primer cielo va a ser explicado precisamente por ella, en cuanto una causa de este tipo significa el bien mismo deseado. Aquí tampoco se olvida el Estagirita de mencionar que esta causa final de la que habla, es la que se da ‘entre los <seres> inmóviles’ (1072^b 1-2) —que suponemos alude a la totalidad de la *clase* de las substancias de esa calidad. Esta *ousía*, que es causa final, es descrita del modo siguiente: ‘y mueve, entonces, como lo amado, y por lo movido (κινουμένῳ) mueve las restantes’ (1072^b 3-4).¹³

La substancia inmóvil eterna, que es acto, mueve al primer cielo como lo hace el objeto del deseo; ahora bien, el deseo depende del pensamiento, y el pensamiento es movido por su objeto; y la substancia primera, que es simple y actual, es un objeto *per se* de pensamiento. Cuando se dice, por otra parte, ‘y por lo movido mueve al resto’, deseo sugerir que es la misma *ousía* inmóvil (que considero sujeto de esta cláusula) la que mueve κινεῖ al “resto” de las realidades celestes “por” o “mediante lo movido” (un tipo de dativo instrumental)¹⁴; y *esto* movido, es el primer cielo.¹⁵ Se añade luego: ‘Si en

¹³ Sigo el texto griego de Jaeger, *Aristotelis Metaphysica*, Oxford 1963 (1957), que lee, κινουμένῳ conforme a los manuscritos principales. El mismo Jaeger en el aparato crítico de su edición, glosa: ‘(scil. τῷ οὐρανῷ)’. La expresión parece un poco tosca, de ahí la corrección de Ross, que se ve que es innecesaria, de acuerdo con mi análisis: pone κινούμενα en vez del correcto κινουμένῳ. Sospecho que “las otras” son las restantes substancias inmóviles.

¹⁴ El dativo instrumental (sin el uso de preposiciones) puede expresar en griego el medio e instrumento, o bien la causa eficiente por la que se produce un efecto. Como un dato más bien curioso, deseo señalar el hecho que ‘como en latín, las palabras que significan cierta cantidad de tropas se consideran como un medio militar empleado por el general’ (J. Curtius, *Gramática Griega*, Buenos Aires 1951, § 438 n. 2). Es el empleo de un comitativo sin preposición ‘para designar las *tropas* (u otros medios militares) con las que opera el *jefe de guerra*’ (J. Humbert, *Syntaxe Grecque*, Paris 1954, § 484). Me

consecuencia, de algún modo es movido’ (εἰ μὲν οὖν τι κινεῖται 1072^b 4; o ‘si hay algo que es movido’), es decir, este cielo, que es lo movido por el primer motor inmóvil, aquel cielo, entonces, ‘es susceptible también de ser de otro modo’; y, por tanto, podemos agregar, hay algo superior a él, más en acto, que es la substancia puramente actual. Ella es la ‘que mueve siendo inmóvil, existiendo en acto, un ser que no es susceptible de ser de ningún modo de otra manera’ (1072^b 7-8).

Se podría quizás construir de aquí un tipo de argumento en favor de un cierto (ordenamiento jerárquico entre estas substancias inmóviles, desde el momento que parece posible poder establecerse un ordenamiento físico en cierto sentido descendente a partir del primer cielo. Dejo, sin embargo, la cuestión abierta, por considerar que demanda mayores líneas de prueba y una considerable precaución).

El discurso de Aristóteles ha avanzado, así, tersamente, en busca de una clarificación cada vez mayor de la primacía de esta substancia inmóvil; y se hace cada vez más evidente, a mi juicio, que puesto que esta búsqueda se ha realizado mediante un análisis del movimiento —un movimiento que se supone eterno— la delimitación de esta realidad en acto se halla inextricablemente ligada a una verificación sostenida de la calidad de todos los movimientos, en especial los de las mociones celestes. Ha llegado para Aristóteles el momento de dejar en claro a qué mueve propiamente este primer motor. En otro paso erizado de dificultades de interpretación, dice que la traslación (φορά)¹⁶ es el primero de los cambios, es decir, de los movimientos, y que la primera traslación es la circular (ἡ κύκλω). Añade luego: ταύτην δὲ τοῦτο κινεῖ, es decir: ‘y este <primer motor> la mueve’. Es decir, el primer motor mueve la *phorá* circular *primera de los cambios*, que es el cielo. Esta afirmación se ve confirmada por un pasaje de *Lambda VIII* 1073^a 23 ss., en que se dice que ‘el principio y el primero de los seres es inmóvil...e imprime el movimiento primero, eterno y uno...’; luego (en 1073^a 29-30) hace una aseveración clave cuando dice que, ‘aparte del movimiento de traslación simple del universo’, que es efectivamente el del primer cielo, y que es ‘el que decimos que imprime la esencia primera e inmóvil, vemos que hay otros movimientos de traslación eternos’. Volviendo a nuestro texto de Λ 7, podemos constatar que Aristóteles da los primeros pasos discursivos que habrán de ser complementados en Λ 8.

refiero a este caso debido a que luego, al final del libro, en *Lambda* 1075b 37 ss, Aristóteles comenta que los seres ‘no quieren ser mal gobernados’, pues uno solo debe ser el soberano o comandante.

¹⁵ Leo, entonces: κινουμένω δὲ τὰλλα κινεῖ.

¹⁶ *Metaphys.* 1072^b 8. La *phorá* en una “moción”, es el movimiento de lo que es puesto en marcha, y señala un *movimiento de traslación*.

Incluso la traslación primera del cielo, por el hecho de mover en cuanto es movida, puede ser de otro modo de como es y, por tanto, evidencia una suerte de contingencia, total y absolutamente ausente del primer motor, que no siendo susceptible de ser de otro modo en ningún caso, posee las características de un ser necesario. Ahora bien, se dice al presente que ‘de un tal principio están suspendidos el Cielo y la naturaleza’ (1072^b 13-14).¹⁷ La metáfora de la “suspensión” viene bien con la calidad de causa final del primer motor inmóvil, y podría aludir quizá a la figura del imán, del que cuelgan (la misma forma ἔρτηται es usada) como una larga cadena trozos de hierro y anillos, según la imagen descrita por Platón en el *Ion* (533d-e); quien añade: ‘está colgando (ἀνήρτεται) en todos ellos la fuerza que proviene de aquella piedra’.

Aquello desde lo que el mundo está suspendido, dice Aristóteles, es un principio (ἀρχή) por lo que, según los desarrollos anteriores, es también un ser de por sí, cualidad que en este contexto armoniza perfectamente con la idea de una *ousía* inmóvil. Ella es punto de convergencia supremo de la actividad toda de un mundo que, incluso en su más alta expresión celeste, puede ser de otro modo de lo que es, al menos en lo que respecta a su movimiento. Me refiero al cielo primero. Solo el principio primero es necesario en el sentido superior, por lo que él solo es la realidad explicativa última del universo y su movimiento. Es un Dios que es culminación del mundo físico. Digo culminación en el espíritu de la concepción de causa final con que Aristóteles acredita al primer motor inmóvil. Me parece atractivo, asimismo, considerar la metáfora de la “suspensión” en esa misma línea de relación finalista. El discurso natural ha dejado así al descubierto el objeto superior de donde pende: ‘que existe, en consecuencia, una cierta substancia eterna e inmóvil y separada de las cosas sensibles, es manifiesto a partir de lo que hemos estado diciendo’ (1073^a 3-5).

Antes de entrar en un análisis del capítulo VIII, conviene dejar clarificado un aspecto relacionado con las substancias inmóviles. Se trata de una distinción fundamental para la comprensión del sentido de este estudio. Las 55 substancias inmóviles de *Lambda* VIII son todas planetarias; y la substancia que realiza el acto equivalente para el primer

¹⁷ “The verb ἔρτηται conveys the idea of some sort of causal dependence in being and in operation” (L. Elders. *op. cit.* p. 179). En cuanto a *physis*, según el mismo autor (p. 180), parece significar la totalidad de las cosas en este mundo, en cuanto que ellas están sujetas a cambio. Elders añade: “Aristóteles no dice si el cielo y el resto del cosmos dependen ambos del mismo modo del primer principio. En vista de 1072^a 24 y 1072^b 4-5, parecería que la dependencia del mundo sublunar es indirecta, a saber, a través de la intermediación de los cielos”.

cielo es, precisamente, Dios, el principio substancial primero. Los planetas mismos, como los astros del cielo, son divinos y a su vez substancias, pero, como es obvio, no son inmóviles, y están incluidos en el segundo tipo de substancia, a saber, la substancia sensible eterna. Hay, pues, (1) un $\pi\rho\acute{\omega}\tau\omicron\nu\ \kappa\iota\nu\omicron\upsilon\nu$ = Dios, motor del primer movimiento eterno y único, esto es, del cielo llamado “primero”. Hay, luego, (2) un primer movimiento eterno y único (que corresponde al *primum mobile*), el del “primer cielo”, que es la traslación del universo = $\phi\omicron\rho\acute{\alpha}\ \tau\omicron\upsilon\ \pi\alpha\nu\tau\acute{\omicron}\varsigma$. Todo planeta, además, tiene su propia “traslación” o “movimiento de traslación”, o “moción” ($\phi\omicron\rho\acute{\alpha}$) que señala el movimiento de algo que es puesto en marcha. Pero además de las $\phi\omicron\rho\acute{\alpha}\iota$ de cada astro (incluidos los planetas), cada planeta cuenta con sus propias “esferas” ($\sigma\phi\acute{\alpha}\iota\rho\alpha$), entidades globulares de cierta consistencia material, que transportan y guían circularmente el paso de los planetas por la eclíptica, y no solo los conducen en sus movimientos *aparentemente* irregulares, sino que también los explican, *salvando* sus fenómenos. Por eso cada planeta tiene varias esferas, cuantas son necesarias según los datos que nos proporciona la astronomía.¹⁸ De acuerdo con Aristóteles, Saturno, por ejemplo, tiene 7, Mercurio 9, y el Sol 9. En total suman 55 esferas planetarias (o 47, según una reducción indicada en los textos). Así como la traslación primera (no hay allí propiamente esfera) cuenta con un motor inmóvil que es Dios, así las esferas de los planetas (que guían sus traslaciones), cuentan con sus propias *ousíai* eternas inmóviles y no visibles, que mueven estas esferas. De ese modo, los planetas son movidos por esferas que, en correspondencia con el cielo primero, son movidas por substancias inmóviles que hacen de causas finales de sus esferas y planetas.¹⁹ Estas substancias inmóviles son las *inteligencias* planetarias.

¹⁸ G. Reale (*Il Motore immobile*, p. 54 n. 142) comenta: ‘Quale scienza studia il moto degli astri? L'astronomia. L'astronomia, dunque, ci dovrà dire quanti moti o sfere celesti ci sono, e, in base a quanto è stato stabilito, si concluderà che *le sostanze di cui ragioniamo sono tante di numero quante quei movimenti*’.

¹⁹ J. Owens (“The Relation of God to World in the *Metaphysics*”, en *Études sur la Métaphysique d'Aristote*, publicadas por P. Aubenque, Paris 1979, pp. 207-222), considera que, Dios es tanto causa final como eficiente del movimiento del mundo. Mientras que, lo que él llama ‘the separate substances’ (supongo refiriéndose a las substancias inmóviles) son causas últimas finales del movimiento mundano: ‘but final causes only. They are not efficient causes’. Los cuerpos celestes (en cuanto se los distingue de sus motores inmóviles), solo aparecen, según afirma Owens, como causas eficientes de todo el movimiento sublunar, y como causas finales secundarias del movimiento cósmico. L. P. Gerson, en *God and Greek Philosophy*, London 1990 (ver especialmente pp. 131-134) por su parte, no hallando pruebas de una causalidad eficiente de Dios en nuestra obra, arguye en contra, y busca identificar la pluralidad de los motores inmóviles con las causas eficientes que son movidas accidentalmente por las

Siendo esta la situación, deseo sugerir que aquellos pasajes de *Lambda* VI y VII que mencionan o analizan lo referente al primer cielo, que indican la calidad de las mociones celestes, y que plantean la necesidad de un Dios como explicación última de un universo rotante, son los que a su vez proporcionan datos discernibles acerca de las sustancias eternas inmóviles. Sin estos análisis previos de Aristóteles en los capítulos VI y VII, que proporcionan las bases teóricas y preparatorias a sus planteamientos posteriores en *Lambda* VIII, las propuestas de este último capítulo podrían parecer, esta vez sí, prácticamente incomprensibles. Pero la proposición de Aristóteles, según mi opinión, es perfectamente comprensible y coherente, aunque por supuesto, muy improbable como explicación del movimiento del mundo.

Ahora bien, la propuesta teórica principal de Aristóteles en el capítulo VIII, basada, según dice, en los supuestos y distinciones que han sido presentados anteriormente, es la siguiente:

‘el principio y el primero de los entes es inmóvil tanto esencial como accidentalmente, e imprime el movimiento primero, eterno y uno; y puesto que es preciso que lo movido sea movido por algo, y que el primer motor sea esencialmente inmóvil, y que el movimiento eterno sea movido por algo eterno, y el que es uno lo sea por uno solo; y que vemos, además, que aparte de la traslación simple del universo, a la que, decimos nosotros, mueve la sustancia primera e inmóvil, hay otras traslaciones eternas, las de los planetas (pues un cuerpo que se mueve circularmente es eterno e incapaz de reposo; esto ya quedó explicado en la *Física*): es preciso también que cada una de estas traslaciones sean movidas por una sustancia a la vez esencialmente inmóvil y eterna. Y puesto que la naturaleza de los astros es un tipo de sustancia eterna, el motor es no solo eterno y anterior a lo movido, sino que es preciso también que lo anterior a una sustancia sea sustancia. Es claro, por

esferas adyacentes. Gerson tiene razón al afirmar que Aristóteles no menciona el calificativo de “separadas” al referirse a las sustancias inmóviles. Parece posible, con todo, construir un argumento en favor de la *separación* a partir de *Metaphys.* E, 1, 1026^a 16 (en que se afirma que la ciencia primera versa tanto sobre seres separados como inmóviles: ἡ δὲ πρώτη καὶ περὶ χωριστὰ καὶ ἀκίνητα). Así lo presenta P. Aubenque, en *Le problème de l'être chez Aristote*, Paris 1966 (1962), p. 368: ‘A côté de la physique et de la mathématique, dont les domaines sont exactement délimités, la théologie porte sur ce genre particulier d’êtres que sont les êtres séparés et immobiles’ (se cita E, 1, 1026^a 13); pocas líneas más abajo, sin embargo, en referencia a *Lambda*, se refiere solo a “des êtres immobiles”.

consiguiente, que es forzoso que haya otras tantas substancias eternas por naturaleza e inmóviles esencialmente, y sin magnitud, por la causa referida precedentemente’ (Λ VIII 1073^a 23-1073^b 1).

Ahora bien, siendo esta la propuesta, a Aristóteles le es evidente que, conforme a los datos de la ciencia de la época, los movimientos de traslación son más numerosos que los cuerpos movidos; ya que es un dato observable que cada planeta tiene más de un movimiento de traslación. Suponemos que se está refiriendo a las variaciones que muestran las apariencias en los movimientos planetarios. Como todos los movimientos de los planetas son circulares, lo que sucede es que ellos cambian de esferas orbiculares en su paso por el cielo. Vistos desde la tierra parecen perder su rumbo, pero la verdad es que nunca dejan de moverse en círculos. Así se pensaba. Porque, se confiaba que, mediante la combinación de las esferas en su conjunto, se estaría en condiciones de ‘dar cuenta de los fenómenos observados’; es decir: de poder “explicarlos”: τὰ φαινόμενα ἀποδώσειν (1074^a 1).

El razonamiento del Filósofo es claro, en consecuencia. Según sus planteamientos de los capítulos VI-VII, el análisis del movimiento eterno del cosmos conduce a la comprobación de la existencia de una clase de substancia inmóvil. Ahora bien, los movimientos celestes y planetarios se realizan dentro de una regularidad cíclica, que en el caso de los planetas alcanza una complejidad que debe ser aclarada por la ciencia astronómica. La astronomía nos dirá cuál es el número de los movimientos celestes; y así podremos establecer cuál es el número de las substancias inmóviles (cf. 1074^a 20-22). En este caso el dato astronómico es esencial, tanto para el inicio de la temática física como para su final explicación científica; pero es la proposición filosófica —en este caso la teoría de la substancia eterna inmóvil— la que produce un giro radical en el significado y alcance final de la propuesta explicativa. Los capítulos VI, VII y VIII intentan abarcar la totalidad de la estructura del fenómeno cósmico; y su discurso es de corte fundamentalmente teológico. Desde esta perspectiva, el primer motor inmóvil, Dios, surge claramente como la teoría fundamental de la filosofía especulativa llamada teológica,²⁰ en su conexión con otra rama especulativa, la física, tal como esta era entendida por nuestro filósofo;²¹ y precisamente porque se establece en relación con la

²⁰ E 1, 1026^a 8 ss.

²¹ Cf. *Metaphys.* E 1, 1026^a: περὶ κινητῶν γὰρ τίνων ἡ φυσικὴ (si bien la frase es excluida por Jaeger, por razones que no me parecen convincentes).

especulación física, es que la *Metafísica* analiza la inextricable conexión lógica que une al principio, “esencia primera” de todo (τὸ τί ἦν εἶναι... τὸ πρῶτον, Λ VIII 1074^a 35-36) con el resto de estos seres substanciales. Entendido que esto es así —y que existe una continuidad razonable entre todos estos capítulos—, luego de la aparente desarticulación de la unidad intrínseca del universo mediante sus motores inmóviles, Aristóteles restablece una vez más el principio, para él no contradictorio, de la existencia de un solo movimiento “eterno y continuo” (ἀεὶ καὶ συνεχῆς) porque ‘un cielo único es efectivamente uno solo’.²² Y así, la *entelécheia*, que es la esencia primera sin materia, es una, como lo ha dicho líneas más arriba, ‘formal y numéricamente, por ser el primer motor inmóvil’ (VIII 1074^a 36-37). Los restantes motores inmóviles ocupan también su lugar propio en el panorama celeste, y parecen subsistir en una relación mediata con el primero, si se les considera del punto de vista de la unidad física del universo. No está aún claro, según creo, cuál es la relación profunda que puede existir entre movimiento y entidad; es decir, hasta qué punto dar o sustentar el movimiento de algo es darle a su vez una cierta consistencia entitativa. Hay, con todo, según creo, una coherencia temática evidente en el discurso de Aristóteles. Se deja sentir, sin embargo, aparte del problema del movimiento y la entidad, la ausencia de ciertos eslabones argumentativos que establezcan con mayor precisión, al interior de la clase de sustancia eterna inmóvil, las conexiones profundas entre estas substancias (puesto que se afirma que son varias), y el posible ordenamiento —probablemente dado en cierta medida por supuesto— de los motores inmóviles entre sí, y en su relación con el primero.

Aristóteles, Mendoza 1997
Editor Héctor Jorge Padrón

Primeras jornadas aristotélicas argentinas
Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza abril 1996

²² *Metaphys.* 1074^a 39: εἰς ἅρα οὐρανὸς μόνος.